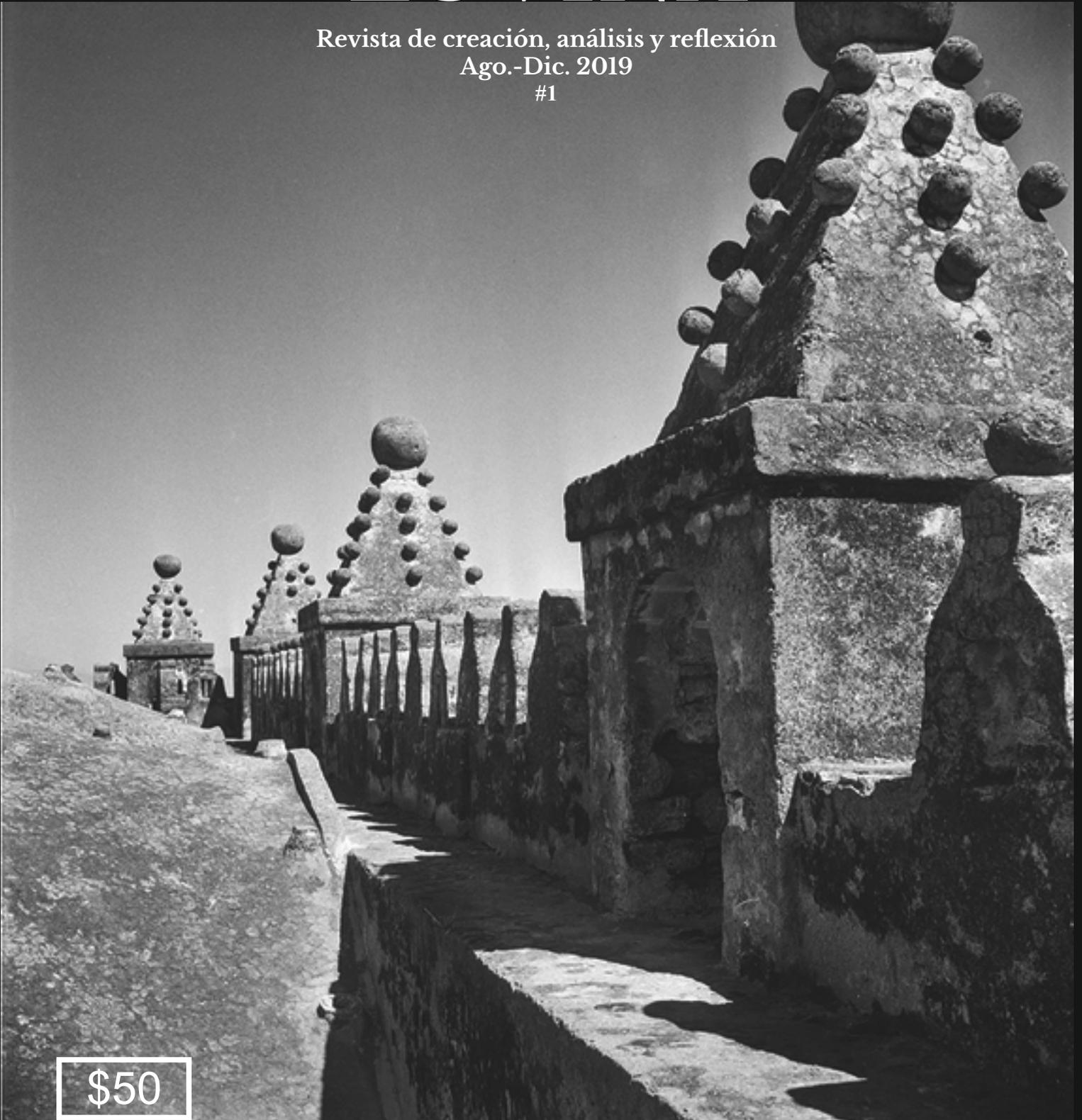


# LUVINA

Revista de creación, análisis y reflexión  
Ago.-Dic. 2019  
#1



\$50

“Cada suspiro es como un sorbo de vida del que uno se deshace”

Juan Rulfo

\$50.00



DIRECTORIO

*Directores:*

Ma. Eugenia Pérez Montes  
Yanga Villagómez Velázquez  
José María González Chávez  
y Vicente Gaytán

*Consejo de redacción:*

Ricardo Echávarri  
Héctor Canales

*Contabilidad:*

José Marcos Ballesteros Torres

*Diseño:*

Emma Perla Mendoza Villanueva  
José Marco Ballesteros Torres  
Ma. Eugenia Pérez Montes

*Colaboradores:*

Álvaro Ochoa Serrano  
Fernando Salazar  
Guillermo Fernández Ruíz  
José Luis López  
Juan Manuel Bonilla Soto  
Marco Antonio Regalado Reyes

*Impresión:*

Revista de creación, análisis y reflexión Luvina  
Zamora, Michoacán, México Email:  
revdecreacionanálisisyref@gmail.com

ÍNDICE

Editorial: Ricardo Echávarri, 4.

Haikús y otros poemas de Yanga Villagómez Velázquez,  
5-6.

Poemas de Emma Perla Mendoza Villanueva, 7.

Ensayo de Vicente Gaytán, 8.

Ensayo de Marco Regalado, 9-15.

Narrativa de Fernando Salazar, 17-18.

Narrativa de Héctor Canales González, 19.

Narrativa de Juan Manuel Bonilla Soto, 21-22.

Narrativa de Ma. Eugenia Pérez Montes, 24-25.

En palabras de BANSHEE (DOMOVOI) Luis López, 26.

Narrativa de José Marcos Ballesteros Torres, 27-28.

Narrativa de Vicente Gaytán, 30-31.

Reseña de libro "Frente a la eternidad" de Ma. Eugenia  
Pérez Montes por Luis López Torres, 32-34.

Juan Rulfo: Una visión de lumpen mexicano por Emiliano  
Raya Aguiar, 35-38

.

## Editorial

Este es el número primigenio de la revista Luvina. que hacen los escritores del taller homónimo, que reúne las mejores voces literarias actuales de Zamora y del Occidente de México. Su homenaje a Juan Rulfo es evidente: Luvina es no sólo la referencia a un lugar imaginario, símbolo de un paraíso perdido, sino una palabra inventada por el escritor más emblemático de la narrativa nacional.

Este número inaugural reúne experimentos orientales y poemas intimistas de Yanga Villagómez, imágenes plásticas convertidas en lírica pura por Emma Villanueva, el juego lúdico con las palabras de Juan Manuel Bonilla y el misticismo lírico de Vicente Gaytán.

En ensayo destaca la lectura de Marco Regalado a la obra rulfiana como poesía. Fernando Salazar explora la explosión de signos que encierra la palabra Luvina. Luis López Torres descubre en el reciente libro de cuentos de Ma. Eugenia Pérez Montes la influencia perdurable del maestro jalisciense. Héctor Canales reconstruye, al modo de Pirandello, la biografía de Rulfo, no como autor sino como personaje. Luis López recrea el habla urbana para mostrarnos otra manera de ser rulfiano. Y, para redondear este número de la revista Luvina, la imaginativa de José Marcos Ballesteros nos recuerda que los seres mitológicos son cosa natural y cotidiana en Zamora.

Michoacán es una tierra de prodigios: hace unas décadas vio nacer en sus entrañas el volcán más joven de la tierra. De esa proporción debemos considerar hoy el nacimiento de Luvina, revista de arte y de cultura hecha por todos, no por uno, como toda auténtica literatura. RE.



Foto: Juan Rulfo

Haikus

ハイク

❁ Palabras mudas  
silencio de sigilo  
fría llovizna

❁ Agua otoñal  
consuelo recóndito  
amanece ya

❁ Languidez rota  
sosegada contigo  
noche de luces

❁ Sueño sin tiempo  
madrugada sin límite  
otro desvelo

❁ Vértigo por ti  
escucharé tu cuerpo  
miro soñando

❁ Tristeza sola  
galaxia espléndida  
polvo cósmico

❁ Amor sin duelo  
tu nítida palabra  
cálida en ti

❁ Constelaciones  
si somos polvo astral  
estarás dentro



❁ Me delatar  
tu límite de sombra  
lejano día

❁ Breve encuentro  
gesto endurecido  
desgarramiento

❁ El sol cubriendo  
soledad de sepulcro  
sordo silencio

❁ Frío féretro  
el del último adiós  
cuerpo inerte

❁ Sentirte aquí  
profundidad nocturna  
recuerdo roto

❁ Gratos momentos  
sucesos del pasado  
nómada visión

Yanga Villagómez Velázquez

❁ Vacua ausencia  
trashumancia perfecta  
labios violeta

❁ Hueco sentido  
sin futuro posible  
por tu ausencia

❁ Palabra seria  
vestigio del pasado  
estridente ya

❁ Estrella fugaz  
ser de luz apagado calles  
húmedas

❁ Perderme en tu  
mirada de zozobra  
entre tus besos

❁ Tu recuerdo es  
como suave caricia  
olvido mutuo

❁ No supe de ti  
perdí tu huella débil  
intento fugaz

❁ Dolor sentido  
por levantar tu sombra  
noche extraña

Fotografía tomada por Rocío Troya



## Los hombres

Hay hombres que sueñan  
con resarcir sus errores  
y mueren intentándolo  
Hay hombres que viven muchos años y  
mueren solos  
Hay hombres que sacrifican todo  
y nadie escucha su dolor  
Hay hombres que no duermen  
y viven con esperanza  
Pero hay hombres que mueren  
en el anonimato y nadie los recuerda Esos son  
los imprescindibles

Yanga Villagómez Velázquez

## La puerta

No tuve el valor de abrir  
esa puerta  
del pasado que te evoca sólo suspiré en  
silencio y escapó la palabra para  
mencionarte  
sentirte cerca

y recordar lo que fuimos  
Abrirla es abrir  
la puerta del dolor dejémosla quieta, cerrada...  
con los muebles atravesándola  
para que no se abra

Yanga Villagómez Velázquez

## De coraza

Te escribo corazón  
Porque existes después del alba  
Porque aguantaste su ausencia  
y no dejaste de latir al sentir que desfallecía  
en el desborde de emociones.  
Porque soportaste los golpes del desengaño  
y la traición a ultranza de los amigos, esos  
envidiosos.  
Porque me haces sentir en cada respiro su  
presencia.  
Porque admiro tu fortaleza para resistir.  
Porque no has olvidado su sonrisa ni su llanto  
ni los momentos de soledad que compartimos.  
Porque fue una vida de frágil llanto  
desterrado De días contundentes, de amor  
escaso y apócrifa distancia  
Por soportar también esa costumbre que se  
hizo la vida de amante nómada, furtivo, de su  
roce tangible y su voz trémula con olor de  
madrugada Por todo eso eres un monumento  
a la resistencia

Yanga Villagómez Velázquez



## Sin forma

Lluvia retruena en verde  
Ojos para horas vacías  
Cantares de sueltos versos  
Bella, columpios cantores  
Morada, el campo de la cara

Emma Perla Mendoza Villanueva

## La casa

Fotos de la infancia  
penetradas  
ciudades invisibles  
adornan  
tapan vacíos  
basura institucional bajo muebles bajo la  
alfombra  
las partículas del polvo cubren  
la mesa está sucia  
las escaleras terminan y comienzan.  
Protecciones de hierro  
te invitan a saltar al vacío  
paralizan  
susurran  
necesita protecciones  
las sábanas blancas, manchadas huele a  
soledad  
a humedad  
visible lo oculto  
habla, llora, ríe, se queja  
pero no termina de salir  
permanece ahí,  
los lazos  
¿qué más podría decir?

Emma Perla Mendoza Villanueva

## Canto

Canto, cantares de soles  
canto de los árboles  
a las hierbas  
magia de cantar  
cantores de injusticias  
canto de la lluvia  
Cantos de flores  
cantos de amor

Emma Perla Mendoza Villanueva

## Mares celestes

Las anclas navegan sin rumbo fijo  
La marea ensordece al llanto  
Un atardecer naranja lleno de consciencia. Un  
verde pálido arropa el calor humano La  
sonrisa estremece a la locura  
La felicidad vacía el cuerpo  
el desenlace de la balanza  
Qué felicidad ha venido a guardar  
la ropa de los viejos trucos compartidos

Emma Perla Mendoza Villanueva



Foto tomada por Juan Rulfo

## Pensándolo bien

Si las palabras de alguien te lastiman  
y la espalda te da,  
cura tu herida con una sonrisa.  
Ofréceles tus manos cuando estén caídos.  
Escúchalos para que saquen lo que sienten,  
aunque sus palabras hieran.  
Míralos, para que tus ojos sean el espejo de tu  
rostro.  
Sacia con un vaso de agua sus tormentos.  
Ábreles de par en par las puertas de tu  
corazón y de tu casa.  
Abrazalos para que no se sientan solos.  
Ayúdalos con sus cargas.  
Ora para que se encuentren.  
Si haces esto con sincero afecto, sanarás tu  
herida,

dibujarás en tu cara una sonrisa.  
No esperes jamás recompensa.  
Te marcharás tranquilo y en silencio. Aunque  
tu corazón duela.  
Aunque tus manos tiemblen.  
Aunque tus ojos lloren.  
Aunque tus oídos escuchen gritos lastimeros.  
Aunque tus piernas pesen.  
¡Adelante!  
Con tu frente en alto y mirando al cielo, tómate  
de la mano de Dios,  
que Él siempre estará contigo

Vicente Gaytán

Foto tomada por Juan Rulfo



## La poesía en la obra de Juan Rulfo

Marco Regalado

¿Qué es lo que diferencia a la poesía de la prosa? El filósofo griego Platón, nos dice que sólo el metro; obviamente con metro se refiere al número de sílabas que tiene una línea

-una línea escrita-; por consiguiente, tenemos que la diferencia es la forma; sin metro, nos referimos a prosa; con metro a versificación, a verso poético. Pero, ahora bien: ¿existe la poesía en la prosa y se puede realizar poesía en forma de prosa? La respuesta es sí. Tenemos la poesía “en prosa” o prosa poética; y viceversa, existe la poesía en la prosa. Todo lo que se escribe debe de tener poesía. Ha decir verdad, toda forma de expresión del “ser humano” debe contener poesía. Lo que nos lleva a decir que la obra de Juan Rulfo contiene poesía, y en una gran dosis.

Juan Rulfo refería esto acerca de su nombre:

“Me llamo Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuera el vástago de un racimo de plátanos, y aunque sienta preferencia por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo. Mi padre se llamó Juan Nepomuceno, mi abuelo paterno era Carlos Vizcaíno, lo de Rulfo lo tengo por Juan del Rulfo, un aventurero [...] que llegó a México a fines del siglo XVIII...”. (Entrevista de Ma. Teresa Gómez Gleason, transcrita en: Juan Rulfo, Obras, Jorge Ruffinelli (ed.). Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977. p. 214.

Juan Rulfo fue y es -como todos lo sabemos- un escritor, guionista y fotógrafo mexicano, perteneciente a la generación del 52. La gran reputación de Rulfo se asienta en dos libros: El Llano en llamas, compuesto de diecisiete relatos y publicado en 1953, y la novela Pedro Páramo,

publicada en 1955. Hablemos primeramente de su obra capital, de la que bien podríamos hablar y hablar, y de la que se habla mucho, bien podríamos decir que existe toda una Rulfo-Biblioteca.

Mucho se ha dicho ya, también, de la poética que envuelve la obra rulfiana, y de la poesía que existe en el habla de sus personajes. Rulfo toma la forma



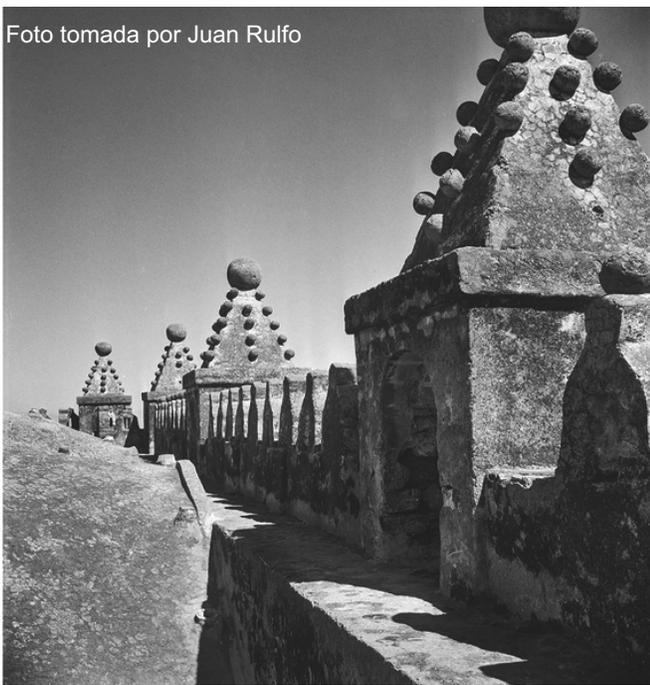
Foto tomada por Juan Rulfo

de hablar de la provincia y nos entrega una forma de hablar de los personajes con poesía, está dentro de su prosa, pero qué pasa cuando cambiamos el “metro” de su escritura, ponemos “yambos”, cortes, y nos encontramos con poemas, por ejemplo:

Vine a Comala  
porque me dijeron que acá  
vivía mi padre,  
un tal Pedro Páramo.  
Mi madre me lo dijo.  
Y yo le prometí que vendría a verlo  
en cuanto ella muriera.

Le apreté sus  
manos en señal de que lo haría;  
pues ella estaba por morirse  
y yo en plan de prometerlo todo.  
«No dejes de ir a visitarlo – me  
recomendó –. Se llama de este modo y de  
este otro.  
Estoy segura de que le dará gusto  
conocerle». Entonces no pude hacer otra  
cosa  
sino decirle que así lo haría,  
y de tanto decírselo  
se lo seguí diciendo aun después  
que a mis manos les costó trabajo  
zafarse de sus manos muertas.

Foto tomada por Juan Rulfo



Todos sabemos de la influencia que Rulfo tenía de los griegos, esa forma de escribir casi como si estuviera realizando una nueva épica, no de Ulises o algún otro héroe trágico griego, sino de personajes de nuestra tierra.

Los poemas de las manos, abren y cierran de cierta forma la historia, ya sabemos que la historia es circular, que pareciera la de un tiempo sin tiempo; sin embargo lo que motiva la historia es el inicio, donde un hombre -Juan Preciado,

hijo de doña Doloritas y Pedro Páramo- asiste a la muerte de la madre y le toma las manos mientras ella muere. A partir de ahí, la novela nace y se convierte en uno de los últimos ejemplos de la narrativa acerca de la búsqueda del padre. La historia termina -al menos la lineal-, con la muerte de Pedro Páramo, y nuevamente con un poema acerca de las manos, veámoslo:

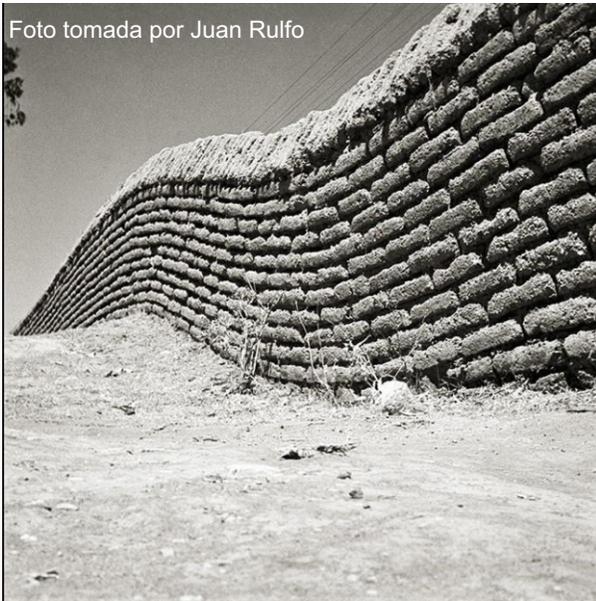
Sintió que su mano izquierda,  
al querer levantarse,  
caía muerta sobre sus rodillas;  
pero no hizo caso de eso.  
Estaba acostumbrado a ver morir  
cada día  
alguno de sus pedazos.  
Vio cómo se sacudía el paraíso  
dejando caer sus hojas:  
"Todos escogen el mismo camino.  
Todos se van."

Es el final de Pedro Páramo y Rulfo deja caer primero la mano de Pedro Páramo, y enseguida amplía esa imagen a las hojas del paraíso que caen y entonces metaforiza esa caída para desdoblarse en una desesperanza universal.

Más adelante:  
Había una luna grande  
en medio del mundo.  
Se me perdían los ojos mirándote.  
Los rayos de la luna  
filtrándose sobre tu cara.  
No me cansaba de ver  
esa aparición que eras tú.  
Suave,  
restregada de luna;  
tu boca abullonada,  
humedecida,  
irisada de estrellas;  
tu cuerpo  
transparentándose  
en el agua de la noche.

¿No es la poesía el arte literario en donde el sonido y el ritmo se conjugan para emanar de ellos un sin número de reflexiones y de imágenes?

¿Dónde radica esa diferencia entre el lenguaje cotidiano y el poético?



Jakobson ya hacía esta diferencia entre las funciones del lenguaje, y reconoce esa línea que divide el discurso poético del habla cotidiana: "la poesía es el lenguaje en su función estética". Esa diferencia que radica, principalmente, en desdoblar el significado de las palabras, combinarlos, y emerger de ellos verdades ambiguas, incluso con interpretaciones personales.

Y aunque, normalmente, los narradores tienden a seguir la forma cotidiana de hablar para dedicarse sólo a contar, existen casos extraordinarios que se niegan a despegarse de este redescubrimiento del lenguaje, en donde, al mismo tiempo, se aspira a jugar el juego de la música. Este es el caso de Juan Rulfo.

Hemos, así, comenzado este texto con un trozo del final de Pedro Páramo, en donde me he tomado la libertad de dividir en versos y regresar a lo que fue su esencia, porque Juan Rulfo no se

olvida de ese obstinado rítmico (en este tipo de obstinado, nos referimos, a una frase o figura melódica que se repite varias veces, es interesante ver como una frase que se repite varias veces puede funcionar sobre cualquier plano armónico siempre y cuando exista una relación entre la escala y las notas de los acordes), Este obstinado que caracteriza su obra y que va revelando (como dice Julio Estrada en su ensayo "El Sonido en Rulfo") el tono de tragedia que se desdobra de la desesperanza de que algo suceda; por ejemplo en Luvina:

...Y la tierra es empinada.  
Se desgaja por todos lados  
En barrancas hondas,  
De un fondo que se pierde  
De tan lejano.  
Dicen los de Luvina  
Que de aquellas barrancas  
Suben los sueños;  
Pero yo  
Lo único que vi subir  
fue el viento,  
En tremolina,  
como si allá abajo  
lo tuvieran encañonado  
en tubos de carrizo.

Partiendo de la premisa de que la poesía tiene el sonido y el ritmo como elementos fundamentales para su discurso, no podemos negar que esa es una de las riquezas de la voz de Rulfo. Él habla y en su discurso los sonidos y el ritmo fluyen autónomos para después convertirse en imágenes poéticas imborrables:

Cae una gota de agua,  
grande, gorda,  
haciendo un agujero en la tierra  
y dejando una plasta  
como la de un salivazo.

Cae sola.  
Nosotros esperamos  
a que sigan cayendo más.  
No llueve.

El ritmo es, sin duda, ese gran motor en la narrativa de Rulfo. Recuerdo la primera lectura que hice de El Llano en llamas y aún suenan como una música constante, sobre mis oídos, textos que no dejan de emitir sus pasos, que se desdobl原因 uno tras otro: palabras que sueñan con llegar a Talpa y no se detienen sino con la muerte de Tanilo (eso sí, recomiendo escuchar la versión de voz viva hecha por el propio Rulfo con ese acento serrano en busca de sobrevivir).

Algún día llegará la noche.  
En eso pensábamos.  
Llegará la noche  
y nos pondremos a descansar.  
Ahora se trata de cruzar el día,  
de atravesarlo como sea  
para correr del calor y del sol.  
Después nos detendremos.  
Después.  
(...)  
Ya descansaremos bien a bien  
cuando estemos muertos.



O ese ritmo en "Macario", en donde emergen frases una tras otra, semejando el salto de las ranas que Macario espera para darles muerte:

Las ranas son verdes  
de todo a todo,  
menos de la panza.  
Los sapos son negros.  
También los ojos  
de mi madrina son negros.  
Las ranas son buenas  
para hacer de comer con ellas.  
Los sapos no se comen;  
pero yo me los he comido también,  
aunque no se coman,  
y saben igual a las ranas.

El uso ingenioso de los verbos que hace Rulfo, repitiéndolos frase tras frase provocando un obstinado rítmico (en el caso anterior el verbo "ser" que da color a las ranas, a los sapos y a los ojos de Felipa, la madrina de Macario). Es como si Rulfo clavara los verbos a puñaladas hasta asegurarse que la sangre que se derrama los contiene:

Hay aire y sol,  
hay nubes.  
Allá arriba un cielo azul  
y detrás de él  
tal vez haya canciones;  
tal vez mejores voces...  
Hay esperanza, en suma.  
Hay esperanza para nosotros,  
contra nuestro pesar.

En este trozo de Pedro Páramo, Rulfo utiliza el "hay" como un verbo que termina convirtiéndose en un lamento, en un aye, en un ¡ay! Un lamento del que está hecha toda su obra: desde los lamentos venidos de los muertos hasta los que producen los vivos en busca de esta esperanza. Es este ritmo que utiliza Rulfo, y

que se combina con el encuentro de las imágenes y las metáforas, el que hace que los murmullos se conviertan en frases canoras en las que podemos descubrir, siempre que lo hagamos, una nueva lectura.

Y es que allá  
el tiempo es muy largo.  
Nadie lleva las cuentas de las horas  
ni a nadie le preocupa  
cómo van amontonándose los años.  
Los días comienzan y se acaban.  
Luego viene la noche.  
Solamente el día y la noche  
hasta el día de la muerte,  
que para ellos  
es una esperanza.

Sin duda que Juan Rulfo es el heredero universal de la "Nostalgia de la Muerte" de la que hablaba Xavier Villaurrutia. Esa muerte que habita la génesis de todos los poetas y no de todos los narradores. Y es ésta, precisamente, el hilo conductor en casi toda la obra de Rulfo (me refiero a Pedro Páramo y los dieciséis cuentos de El Llano en llamas):



Pedro Paramo, Desiertomexicofoto, Luis Asin

"Nos han dado la tierra", la muerte inevitable de la tierra: "en medio de este camino / sin orillas, / que nada habría después; / que no se podría encontrar nada al otro lado, / al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. / Pero sí, hay algo. / Hay

un pueblo. / Se oye que ladran los perros...";

"La cuesta de las comadres": "por eso aproveché para sacarle la aguja de arria del ombligo y metérsela más arribita, allí donde pensé que tendría el corazón..." "Es que somos muy pobres": "Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río..."

"El hombre": "Nadie te hará daño nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte. Por eso nací antes que tú y mis huesos se endurecieron antes que los tuyos..."

"En la madrugada": "Quiso levantarse y volvió a caer, y al tercer intento se quedó quieto..."

"Talpa": "Porque la cosa es que a Taniño Santos entre Natalia y yo lo matamos."

"Macario": "Si tardan más en salir, puede suceder que me duerma, y luego ya no habrá modo de matarlas..."

"El Llano en llamas": "Se murió muy callado, casi sin moverse y como si él mismo hubiera querido ensartarse..."

"Diles que no me maten", un cuento en el que la tensión de la trama gira alrededor del no querer morir de Juvencio Nava: "Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta..."

"Luvina": "Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos..."

"La noche que lo dejaron solo": "...ellos se mecían, colgados de un mezquite, en mitad del corral. No parecían ya darse cuenta del humo que subía de las fogatas, que les nublaba los ojos vidriosos y les ennegrecía la cara..."

"Paso del Norte": "...en el nidal nuevo hay que dejar un huevo. Cuando te aletí la vejez aprenderás a vivir, sabrás que los hijos se te van, que no te agradecen nada; que se comen hasta tu recuerdo..."

"Acuérdate": "Dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran..."

"No oyes ladrar a los perros": "Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó

de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara..."

"La herencia de Matilde Arcángel": "Después engordó. Tuvo un hijo. Luego murió. La mató un caballo desbocado..."

"Anacleto Morones": "Ni se las malició que allí estaba enterrado Anacleto Morones. Ni que había muerto el mismo día que se fugó de la cárcel..."

Ya casi para terminar permítanme compartir con ustedes uno de los muchos pasajes bellos y poéticos de la obra de Rulfo. Es cuando a Juan Preciado se le aparece el fantasma de su madre para comunicarle la muerte de Pedro Páramo, su padre.

En el hidrante  
las gotas caen una tras otra.  
Uno oye, salida de la piedra,  
el agua clara caer sobre el cántaro.  
Uno oye. Oye rumores;  
pies que raspan el suelo,  
que caminan, que van y vienen.  
Las gotas siguen cayendo sin cesar.  
El cántaro se desborda  
haciendo rodar el agua  
sobre un suelo mojado.  
"¡Despierta!", le dicen.  
Reconoce el sonido de la voz.  
Trata de adivinar quién es;  
pero el cuerpo se afloja  
y cae adormecido,  
aplastado por el peso del sueño.  
Unas manos estiran las cobijas  
prendiéndose de ellas, y debajo de su  
calor el cuerpo se esconde buscando la  
paz.  
"¡Despiértate!", vuelven a decir.  
La voz sacude los hombros.  
Hace enderezar el cuerpo.  
Entreabre los ojos.

Se oyen las gotas de agua  
que caen del hidrante  
sobre el cántaro raso.

Se oyen pasos que se arrastran...  
Y el llanto.

Entonces oyó el llanto.

Eso lo despertó: un llanto suave, delgado,  
que quizá por delgado  
pudo traspasar la maraña del sueño,  
llegando hasta el lugar  
donde anidan los sobresaltos.

Se levantó despacio  
y vio la cara de una mujer recostada contra  
el marco de la puerta,  
oscurecida todavía por la noche,  
sollozando.

-¿Por qué lloras, mamá? — preguntó, pues  
en cuanto puso los pies en el suelo  
reconoció el rostro de su madre.

— Tu padre ha muerto — le dijo.

Y luego, como si se le hubieran soltado los  
resortes de su pena,  
se dio vuelta sobre sí misma

una y otra vez,

una y otra vez,

hasta que unas manos llegaron

hasta sus hombros

y lograron detener el rebullir de su cuerpo.

Por la puerta se veía el amanecer en el  
cielo.

No había estrellas. Sólo un cielo plomizo,  
gris aún no aclarado por la luminosidad  
del sol.

Una luz parda, no como si fuera a  
comenzar el día, sino como si apenas  
estuviera llegando el principio de la noche.

Afuera, en el patio, los pasos, como de  
gente que ronda.

Ruidos callados. Y aquí, aquella mujer,  
de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo  
la llegada del día;

dejando asomar, a través de sus brazos,  
retazos de cielo,  
y debajo de sus pies regueros de luz;  
una luz asperjada como si el suelo debajo  
de ella estuviera anegando en lágrimas.  
Y después el sollozo. Otra vez el llanto  
suave pero agudo,  
y la pena haciendo retorcer su cuerpo.  
— Han matado a tu padre. — ¿Y a ti quién  
te mató, madre?

Bueno podría seguir conversando y  
encontrando líneas y líneas poéticas en los textos  
de Rulfo, y seguir maravillándome con el genio de

este narrador- poeta, o no sé si decir de este poeta  
que encontró su estancia en la prosa. En estas  
últimas líneas, como en casi todas las de su obra se  
refleja la realidad de un México que aún sigue  
vigente:

La luz era igual entonces que ahora, no tan  
bermeja; pero era la misma pobre luz  
sin lumbre,  
envuelta en el paño blanco  
de la neblina que hay ahora.  
Era el mismo momento.



Foto tomada por Juan Rulfo

© 2014, En los Ferrocarriles  
Fundación Rulfo + UNAM - IIRM

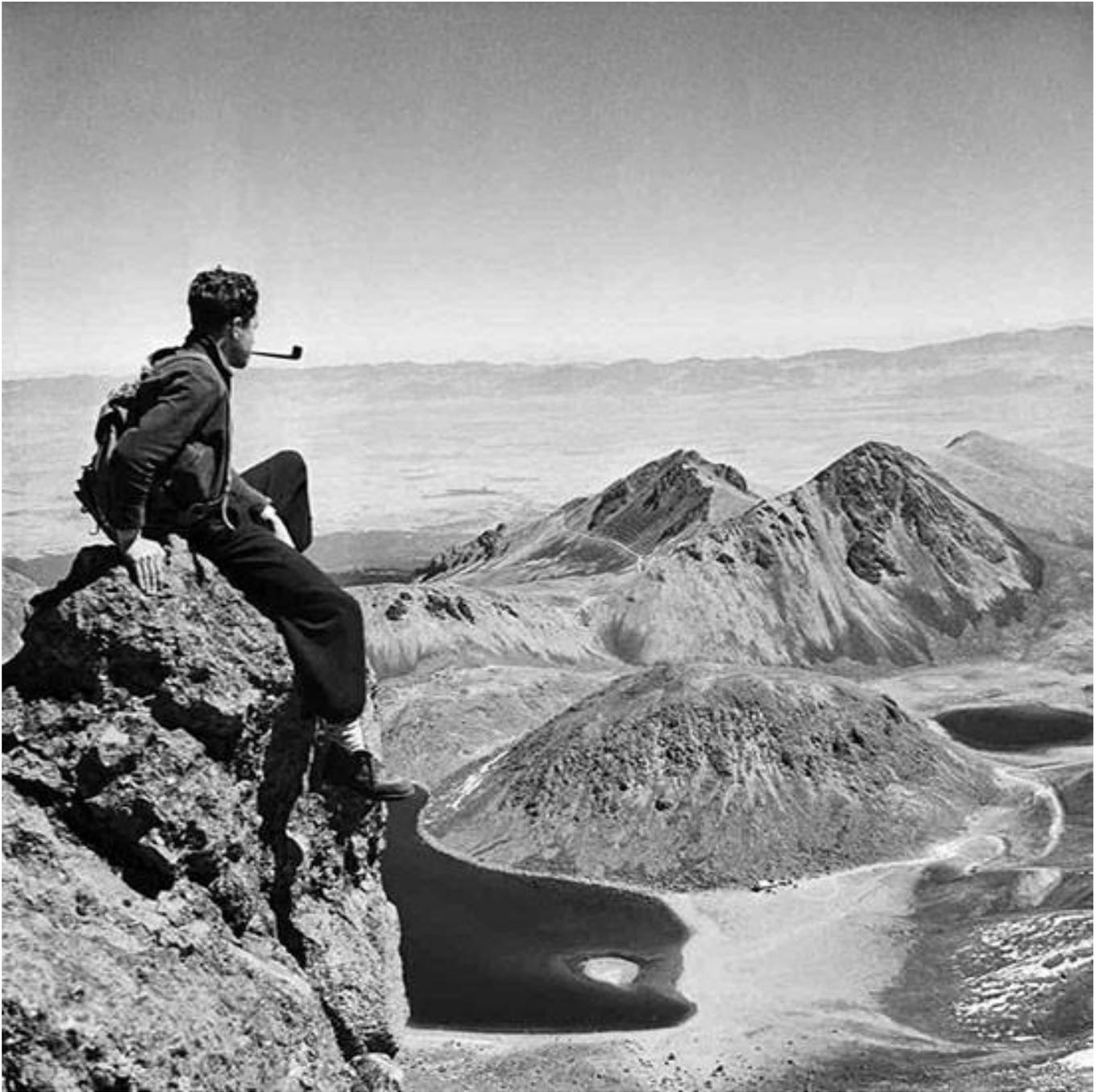


Foto tomada por Juan Rulfo



## ¿LUVINA O COMALA? Un territorio personificado en la narrativa de Juan Rulfo

Fernando Salazar

Juan Rulfo, foto del artista: Kiplingono



Este cuento fue escrito por Juan Rulfo entre finales del año 1952 y principios de 1953 como un antecedente, según el propio autor, a Pedro Páramo; también, se sugiere, es el último cuento que escribiera

antes de comenzar su célebre novela. En general, la obra literaria de Rulfo no refleja menos la desdicha vital como la pobreza de gran parte de la gente que vive en los pueblos del territorio de México. ¿Actualmente los casos serán semejantes? ¿Qué tanto esa geografía social dibujada por Rulfo se ha transformado en un bienestar vital? Reflexionar alrededor de esto permitiría, de igual manera, pensar qué fuerza ejerce en la literatura mexicana la realidad actual y las condiciones sociales, no tanto el efecto ficcional cuya influencia proviene de la narrativa norteamericana.

San Juan Luvina, dentro de la narración, es un lugar al cual se llega para morir. Un espacio para la muerte, es el terreno donde habita la desesperanza, no obstante es el escenario del cual el lector ignora visiblemente su imagen, porque en realidad jamás aparece de manera franca. Se describe su atmósfera, el ambiente, el clima, pero no hay mención alguna sobre nombres de lugares o referencias fidedignas a nombres de personas. Dentro del cuento, solamente, surgen metonimias respecto al sitio, señas, figuraciones, acontecimientos, hechos, memoria, pero jamás, ni en los diálogos, ni en la narración, ni en la voz del narrador omnisciente, que aparece escasamente;

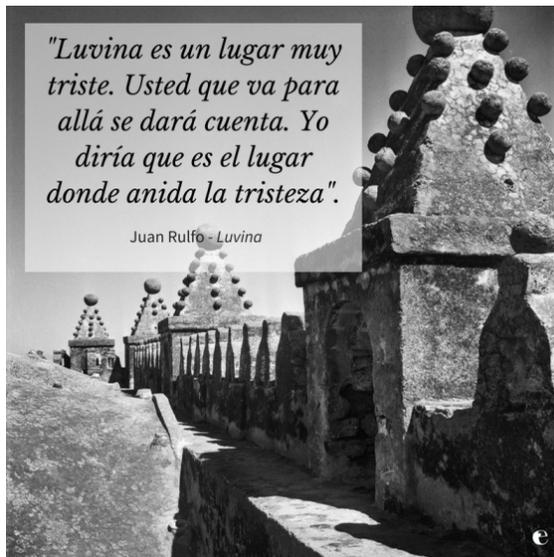
...Y afuera seguía avanzando la noche

el lugar en cuestión siempre se menciona como un sitio explorado por la evocación, apenas se da un dibujo o perfil, y parece más fantasmal que real, como una manera ideal del lugar de la defunción, de la incredulidad, del desánimo. La persona que nos cuenta cómo es el pueblo configura más un espectro, un ser metafísico, propio justamente de un espacio como lo es Luvina, geografía ficcional donde solamente existe el mito.

El cuento está construido a partir de la interacción de dos personajes, hombres que, aparentemente, dialogan. Uno de ellos, el de mayor edad y que ya estuvo en Luvina y cuenta la historia, le platica al otro hombre, el de menor edad y que va hacia el pueblo, y escucha la experiencia en Luvina, ciudad o pueblo mítico, aunque a veces creo, inexistente, como un posible lugar, también es el hipotético imaginario de unos cuantos que lo habitan. Además, siempre está presente en la memoria de uno de los personajes, por cierto extraño, pues su presencia queda desfigurada, es un ser anodino, ¿será real? A veces conjeturo que no. Es decir, si fuera el caso, la historia total de Rulfo está expuesta y contada por un ser ilusorio. El lugar de encuentro entre estos dos personajes señalados ni siquiera está próximo a Luvina, sino lejano, es una suerte de metáfora en ausencia - hablar de la ausencia, de lo que no existe. La memoria misma podría ser el escenario de la narrativa y los personajes solamente la invención del pueblo mismo. Entonces Luvina sería imagen de sí misma, el reflejo o espejo de una visión. Otra característica más radica en mencionar que este espacio es hipotético y apartado, no solo espacial, sino también temporalmente.

Por otra parte, el final es abrumador, el anciano se

queda dormido, al menos la diégesis de la historia así queda planteada. La literatura no es una verdad absoluta, y ¿si el viejo realmente fue una aparición de otro personaje que tampoco existió, cómo conversar sobre una ciudad que está presente exclusivamente en la memoria de seres imaginarios? Luvina sería una distopía construida por la memoria de seres inexplorados e irreales, solventados por un autor que hace una crítica a la condición de vida cultivada por un gobierno irresponsable.



Almenas del templo de Yecapixtla, Morelos (1950).  
Cortesía Fundación Juan Rulfo



Anciana sentada en el umbral de la casa de un pueblo (1950).  
Cortesía Fundación Juan Rulfo



Instrumentos musicales en Tlahuitoltepec, Oaxaca (1955).  
Cortesía Fundación Juan Rulfo



Juan Rulfo. de Jesús Toledo

## Juan Rulfo: EL PERSONAJE

Héctor Canales González

Mi nombre es Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Pero todos me conocen como Juan Rulfo, nací en Apulco, San Gabriel, distrito de Sayula, Jalisco, un 16 de mayo de 1917. Desde muy joven me fui para la capital del país, huyendo de los murmullos de aquella tierra árida que parecía estar asentada sobre el infierno; en tiempo de calores daba miedo escarbar porque la gente decía que se podían escapar los demonios.

Pero yo, ya desde entonces sabía que aquello no era cierto, porque los demonios habitan dentro de uno y van a donde uno va, por eso yo me llevé mis demonios dentro; la Soledad y la Tristeza son los peores, pero a esos los tengo encerrados aquí, adentro de mí, y no pienso dejarlos escapar porque voy a regresarlos al infierno, de donde nunca debieron haber salido, pero eso será hasta que me muera, mientras tanto aquí vamos a andar penando juntos.

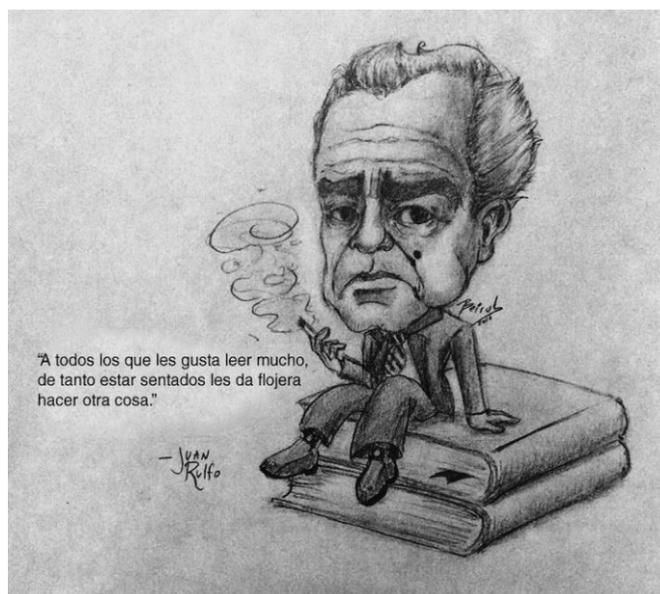
Si alguien dice que me conoce, no es cierto, porque el que yo era se quedó allá, en el pueblo, oyendo las chicharras que anuncian el tiempo de las pitayas. Juan Pablo Pérez Rulfo se quedó allá, vagando por los potreros, entre las tolveneras que potrean los huizaches, guamúchiles y mezquites, que se aferran trabajosamente a las terroneras.

Sí, me quedé en los amaneceres, cuando me despertaba el ruido de las espuelas raspando los colorados ladrillos del patio de la casa; me quedé arrullado por el sonido de las herraduras de los caballos en el empedrado y el olor a tierra mojada desprendiéndose de las calles recién regadas. El Juan Rulfo que era yo, se quedó en la fiesta del pueblo comprando charamuscas, trompadas, dulces de menta y chicle de Talpa. Juan Rulfo, el verdadero, se quedó mirando cómo muelen las mujeres el nixtamal en el metate; escuchando cómo tortean la masa y

viendo cómo se inflan las tortillas en el comal de barro.

No es cierto que me conocen, si acaso han visto a dos o tres demonios que se me han escapado al escribir, porque ya no los aguantaba, y eso es todo. Cómo van a conocerme si me quedé allá en el pueblo, bañándome a jicarazos con agua de la pila. Hay quien dice que he viajado a otros países, que conozco la mitad del mundo, pero no es verdad, ese es otro Juan Rulfo. Cómo va a ser cierto todo eso si yo todavía vivo con mi madre y muy temprano, los domingos, me peina y me manda a la doctrina con una camisa limpia y unos centavos en la bolsa.

No, ese que dicen no soy yo, el que escribe habita aún en la soledad y la tristeza, en el mundo de Juan Preciado, en Comala y La Media Luna, con Damiana Cisneros, Dorotea la cuarraca, Susana San Juan, Miguel Páramo y todos aquellos personajes que no quieren acabarse de morir.



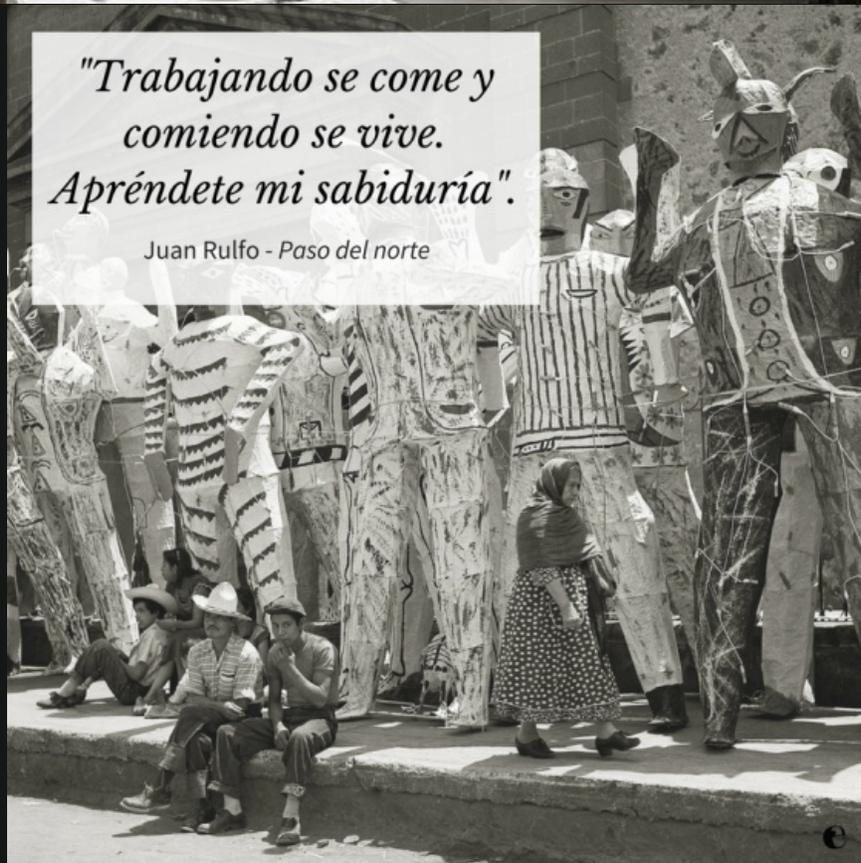
Juan Rulfo caricatura; Artista: Beiru

Foto tomada por Juan Rulfo



*"Trabajando se come y  
comiendo se vive.  
Apréndete mi sabiduría".*

Juan Rulfo - Paso del norte



Judas frente a la iglesia de La Soledad, Ciudad de México (década de 1950). Cortesía Fundación Juan Rulfo

## Bitácora para Luvina

Juan Manuel Bonilla Soto

*...Vine a Zamora porque me dijeron que acá vivía  
Luvina...*



Zamora, Mich. Foto tomada por: patitoskunk

La conocí un Miércoles de Ceniza en una década que para mí fue aciaga y portentosa. La conocí en el atrio de la iglesia de su pueblo que para aquel entonces también era mi pueblo. Era nuestro pueblo. En ese tiempo yo tenía una especie de delirio por cumplir dieciocho años y cuando por fin lo hice, había olvidado el porqué de esa apetencia, pero casi ni me percaté de ello porque otras apetencias consumían mis horas.

Cuando la vi aquella tarde por primera vez, me pareció estar frente a un símbolo bucólico, aunque no sabía qué era eso de bucólico. Lucía un pantalón de mezclilla ajustado y me pareció un poco rabón, pero luego me dijeron que esa era la moda. También llevaba una blusa holgada, tal vez de seda o algo parecido y como decoración tenía constelaciones de flores diminutas de esas a las que llaman Nomeolvides. Sí, Nomeolvides. Una sola palabra con un imperativo de negación implícito a modo de prefijo. Por más esfuerzos de memoria que hago no logro una explicación que me convenza para comprender qué fue en

realidad lo que me arrojó a ese limbo que se extiende hasta la fecha.

Platicaba con sus amigas y nada más de contemplarla me invadió un delirio y una urgencia más grande que cualquiera de las que hubiera conocido hasta esa tarde. Ni siquiera me di cuenta de que eso que cruzaba por mi mente tal vez fuera una manera de pecar de pensamiento y tal vez en otro día se hubiera expiado sin mayores trámites, pero ese día tan eucarístico, sabrá dios qué condena me estuviera echando encima. De cualquier modo, una especie de taquicardia me dejó indefenso ante lo que se avecinaba.

Si su blusa no era de seda, intuí que la lozanía de su rostro debería ser más tersa que los pétalos de otra flor que también conocí aquella tarde y de la que sólo recuerdo el color púrpura que la incendiaba, pero no su nombre.

Para el primer viernes de cuaresma yo había perdido la voluntad, si es que alguna vez la tuve y junto con ella también había perdido el sueño y el apetito, por lo que ese primer día de ayuno no hubo necesidad en mi casa de que me obligaran a guardarlo como lo hacían cada año.

Para conversar con ella y poder estar un rato juntos, tuve que convertirme a las costumbres de ese pueblo, por ejemplo, ir con ella a traer agua del manantial que se encontraba en el fondo de algo que parecía un acantilado, bajando por un camino pedregoso y más inclinado de lo debido y por si fuera poco el riesgo, era tan estrecho que para platicar debía caminar siguiendo sus pasos, nunca a su lado. Eso debió ser una revelación de lo que me esperaba que no supe entender y tal vez por ello ocurrió lo que ocurrió.

¿Que por qué vine a Zamora? — Escucho que yo mismo me hago esa pregunta y la verdad no sé si pienso, escribo o hablo, pero la geografía de otro

recuerdo orienta mis impulsos y aunque sé que no puedo naufragar en las epifanías que me han acompañado durante su ausencia, mientras camino prefiguro páramos en los que se esconde ella y quiero deletrear con fuerza, gritar de ser posible, como si oficiara un rito de invocación para que vuelva o para que me diga, desde donde se encuentre, algo que pueda ser considerado una verdad. Ya supe que su piel no es un fragmento de esa hoguera en la que sacrificamos el arraigo de la voluntad ni las palabras son siempre el escenario para una reconciliación.



Foto tomada por Jaime Ramos Méndez

Cuando perdí a Luvina fue un miércoles a medio día y lo interpreté como uno de esos diezmos que exige la cautela. Tengo vivo en mí el sol de esa evasión, de esa epifanía inversa. El calor era tan fuerte y las lenguas de su fuego eran más fuertes que las súplicas que pronunció mi lengua. El calor era una furia tan incontenible que se intimidó la lluvia y se alejó y en esa somnolencia y, no supe por

qué, Luvina también se fue y su ausencia es una de esas prórrogas que a veces nos agobian. Junto con su carne se esfumaron sus fragancias, y su tacto, que alguna vez fuera mi oráculo, ahora es un espejo o un eco que anuncia los laberintos que me acechan. En esta travesía no encuentro alguna Ariadna que hidrate la impaciencia o me entregue su madeja como si fuera una estafeta o un abracadabra que pueda abrir algún portal que me revele alguna lámpara que zarpe sin brújulas para el retorno. De todos modos la vida se ha escapado por las grietas que ha engendrado tanto tiempo de silencio.

Vine a Zamora porque me dijeron que encontraría un horizonte diáfano y si no encontraba a Luvina, ni su blusa de seda estampada con flores diminutas que se llaman Nomeolvides, por lo menos encontraría algún oído atento y un sople de energía que tiene parecido con la vida.

Aunque no me hubieran dicho que en Zamora encontraría a Luvina, yo hubiera llegado a ella guiado por cualquier fetiche, porque cuando uno escribe no requiere de cartografías ni de señas. Para hacerlo basta una fragancia plena, una raíz esdrújula o algunos verbos rezagados que no antepongan ortodoxias para conjugar los jirones de las frases que han sido nuestro exilio.



Scenic, Foto tomada por: Jarchitec



*“Pensaba en ti, Susana. [...] Cuando volábamos papalotes en la época del aire. [...] El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, [...] Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío”.*

Juan Rulfo

## Doña Cleotilde

Ma. Eugenia Pérez Montes

A eso de las cuatro de la tarde cruje la puerta de la vieja casona, se abre y se escucha la voz de una anciana:

—Luga, ¿ya está el pan?

—Sí, doña Cleotilde, pásele.

Luga continúa metiendo y sacando el pan del horno, con una gran pala de madera. En tanto, gruesos chorros de sudor resbalan por su rostro, también enrojecido por el trajín y el calor emanado del horno de leña. Al mismo tiempo, su hija, Mona, limpia afanosamente el pan recién horneado, frotándolos con una mantita blanca, ahora chorreada por el hollín que impregna al sabroso pan.

—Había pan de todo: deliciosos bollos con huevo y manteca, rosquillas de canela y de sal, pan agrídulce, también de granillo, riquísimas conchas y picones. En verdad era una gama de sabor y deleite para todos los paladares.

—Oye, Maye, ¿y doña Cleotilde?, ¿se iría? Pregunta Luga.

—¡Sabe! A lo mejor. Contesta Mona. Continúan en silencio, cada una con su trabajo. En tanto un viento frío arremolina el polvo del patio, lo hace danzar frenéticamente y esparcirse hacia el cielo, poniendo un velo terroso, como para deslucir al rutilante sol que sonríe desde el firmamento. Por allá, al fondo de la casa, empiezan a aullar los perros: La Nala y El Pirata. Empieza la una y el otro le hace segunda, es un aullido lastimero, tremendamente largo.

A la mañana siguiente, mientras Luga despachaba la leche a Quina, Mona trapea el corredor. Muy cerquita de ellas, Quina dice:

—¡Ay, pobre de Cleotilde, ni quién le dijera ve con Dios!

—¿Por qué, Quina?, ¿qué le pasó? Preguntó de un jalón Luga.

—¡Pos qué va a tener! ¡Pos que se murió ayer!,

solita la pobre, sin un alma que la ayudara. Dicen que de los pulmones, sólo Dios sabe, a eso de la una de la tarde.

—Pueque, pero si ayer a eso de las cuatro nos gritó desde la puerta.

—Pues así mero fue, ¿qué quieres que te diga? Al escuchar eso, Mona y Luga voltean a verse con

ojos de espanto, con un gran sobresalto ahuecado en el estómago. Un hilillo de frío recorre su humanidad. Luego, les dice Quina:

—Seguramente la pobrecilla de Cleotilde a lo que vino fue a recoger sus pasos. ¡Dios la perdone y la tenga en su santa gloria!

Se desata nuevamente el vientecillo, acuerpándose en un remolino que se pasea por el gran patio, elevando el polvo y las hojas que revolotean por doquier.

En el cielo, una nube aguacera permite que una miríada de gotillas se descuelgue justo ahí, donde el viento juguetea.

El viento y el agua a la vez enfrían al instante la casona y, como fondo lúgubre, se escucha el aullido de los perros.

—¿Ven?, ella anda todavía por aquí. Sentencia sabiamente Quina.

En su cama Luga se sumerge en plácido sueño, pero su inconsciente alerta registra una presencia que la despierta. Se percata, al escuchar, el arrastrar de unos pies acercándose a la cama, luego siente que el colchón con su rechinado anuncia la llegada de alguien a su superficie, la paraliza el miedo pues sabe que duerme sola, que está puesta la aldaba y la tranca en la puerta, tiembla... hasta que por fin se vuelve a dormir. Así noche tras noche, por algunos meses, Luga apenas apaga la luz y cierra los ojos. El espanto es como un tornado que la atrapa y absorbe, el terror la aprisiona, de nada sirven la cruz, las maldiciones, el agua bendita, el San Benito... la presencia llega puntual

con las penumbras, con su soledad, ¿quiere decirle algo?, ¿hacerle algo? ¿Quién lo puede saber?

Después de un tiempo, tres meses para ser exactos, Quina le dice a Luga:

—¡Pero qué flaca y trasijada estás!, ¿Pos que no comes, pos que no duermes?

—Pos cómo he de dormir con el alma en pena de doña Cleotilde pegada a mí -contesta Luga-. Todas las noches llega arrastrando los pies, se sienta en mi cama, me agarra la mano y al oído dice y dice algo que no entiendo. Así pasan las horas y yo muerta de miedo. Entonces, Quina sugiere:

—Pos pregúntale qué quiere.

Luga se queda pensando, concluye que nada pierde con intentar hacerlo, pues lo que quiere es ya dormir. Lleva a su cuarto una veladora blanca, cerillos, papel, lápiz y los pone sobre una mesilla desvencijada, hace todos los preparativos para algo así como un ritual apresurado.

Enciende la veladora y dice: “Sé que es usted, doña Cleotilde”. Le increpa: “¿Por qué es tan cruel? ¿Yo qué le debo? ¿Qué le hice? Le dejo esta luz para que pueda seguir su camino. Pero dígame lo que tenga que decir en esta hoja y ¡por favor, déjeme en paz!” Cansada y sin muchas expectativas Luga se duerme pronto. Fue una buena noche, ni rastros del alma en pena. En cuanto se levanta, Luga se dirige a la mesilla buscando el papel. De inmediato el terror la invade, el pulso se le acelera, la boca se le seca cuando encuentra un espectral mensaje que dice: “Es que soy tu madre”. Temblorosa, Luga, para reasegurarse, voltea hacia la puerta, confirma que está atrancada, entonces se pone blanca como el papel que tiene entre sus manos y se desmaya.

*“El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo. Sonreías”.*



Foto del block “fantasmas reales” de “enigmaymisterios”



Foto tomada del bog Gutí, horno pinilla

*“Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente algo. Sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedará ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti”.*

## Janis Joplin y los Jotkeis

Luis López

Deambulaba yo por la calle como siempre, ya sabes, con un sentimiento de náusea en las tripas. Sales a la calle ¿y qué ves, qué encuentras? La vecina avienta cubetadas de agua en la banqueta, una anciana pasea sus infinitamente odiosos perros falderos, los ha vestido con suéter y faldita rosada, la camioneta retacada de policías hijueputas, el ciego que grita de hambre y avanza abriéndose paso a bastonazos. No deja de ser asombrosa la adaptación humana al horror.

Vibra el teléfono celular, es Marco, dice que le caiga a su casa, que lleve unas chelas, que la Caro está deprimida. Encamino rumbo a la comer, compro un six y una charanda. Marco vive en un depa allá por ciudad universitaria, puedo llegar caminando en media hora, cosa de enfilarse por la avenida, atravesar el puente sobre el río de aguas negras, que no son negras, son de un color café marrón espumoso, y flotan bolsas de basura, ropas desgarradas, animales muertos. Luego hay que girar a la izquierda por la taquería grafitiada, esquivar los esqueletos de carro que los mecánicos intentan resucitar.



Foto tomada por Jaime Ramos Méndez

El horizonte es un telón pintado por siluetas de postes y edificios grises.

Estamos comiendo galletas de mota, ya acabamos con las chelas. Carolina y Marco observan el

paisaje que se mete por las ventanas, una atmósfera amarilla naranja nos envuelve. Color urinario. Planetas en formación bullen en el caldo espeso de la tarde.

El plan era cocinar jotkeis pero la masa, abundante en sustancia canabinoide se ponía tiesa en el horno de 20 microondas. Tal vez le faltó levadura o qué se yo, pero resultaron galletas verdes. Marco Antonio vigilaba la ventanita luminosa que guardaba en su interior la sana alimentación, girando y girando sin sentido. Comí una, dos, cuatro sin sentir nada chido, comí cinco o seis más.

La música de Janis Joplin rebota contra las paredes. La bruja cósmica alarga la frase, alarga el aullido. Se queja de soledad, su famosa soledad. La voz viene de lejos, muy lejos, como salida de un pozo de muerte, nadie responde su plegaria, tiene el cuerpo sólidamente atado con alambre de púas y sus manos sangran. Pide que le arranques otro pedazo de corazón, si eso te hace feliz beibi. Empiezo a sentir miedo. La Janis chilla como un gato apuñalado en el vientre, y los gritos son blues cósmico, son agujas en la carne, clavos, bayonetas erizas.

Resbalo de mi silla y caigo atravesado por los dardos venenosos de la Janis. Las explosiones de música se incrustan en la carne como vidrios rotos. Me pongo a reflexionar sobre la antigua mitología del corazón en pedazos. Intento levantarme del subsuelo pero resbalo una y otra vez.

Carolina cuenta la historia de su gato. El bicho apareció un día en su casa, como salido de ninguna parte. Lo bautizó con el nombre de Janis por su aspecto escuálido y quejumbroso. Janis el gato bisexual. Lo mataron los vecinos, lo envenenaron. El cadáver fue encontrado en un lote baldío, ya roído por los gusanos. Nos reímos mucho con esa anécdota.

## Fabularios

Jose Marcos Ballesteros Torres

### En palabras de

En palabras de Edgar Alan Poe: “Aquellos que sueñan de día son conscientes de muchas cosas que escapan a los que solo sueñan de noche”. Si no me crees, detente, escucha, voltea lentamente a tu alrededor, el más repentino movimiento los pone ansiosos, si eres afortunado podrás ver a un centauro correr a su trabajo, un minotauro pasando su día libre por la plaza, ver hadas jugar con pequeños gremlins e incluso un troll dormido a plena luz del día.

Si continuas sin creerme, deja decirte que convives con cientos, si no miles de seres todos los días, de hecho, posiblemente seas uno de ellos sin darte cuenta.

Hay verdad en los mitos, leyendas y cuentos; cada uno nos narra la historia de fantásticos personajes, que, si pones atención, no son muy diferentes a nosotros, o como dicen: cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

Sin sonar pretencioso; yo, fantasma anónimo, pasó desapercibido entre fascinantes y misteriosos seres que desconocen la magia del mundo.

Si me permites, puedo hablarte de cada criatura, monstruo o entidad encontrada en el andar de mi vida, describiendo como son, sus características y como convivir con algunos de ellos, pues no todos son como los narran.



Monstruos, foto del artista: cataplazalina

### Banshee

Es primer día del año lo inicié durmiendo lo más tarde que pude, no importó el sol brillante, podía taparme con mis cobijas, el frío del día hacia confortable el calor de mis sabanas; es un día feriado, no importa si me quedará acostado, lamentablemente aplicaba de la misma forma a los vecinos y otras personas más las cuales con prioridad les importaba seguir con la fiesta.

Era fuerte el volumen de la música, pero no lo suficiente como para tapar sus molestos gritos, casi lamentos que osan llamar canto. Escuchar aquellos horribles coros desafinados sobre canciones de desamor, me recordaron a las banshees, fantasmas en pena, cuando sueltan sus terribles gemidos. Se puede decir que son peligrosas criaturas, cuyas pavorosas voces anuncian muerte y desgracia.

Cuánta razón en mi casi perfecta analogía, esos gritos eran desgracia para mí, cada coro le ponían sentimiento, hacen llorar mi pobre alma muda, suplicando el fin de la agonía. ¡Sáquenme de mi miseria! O por lo menos de la de ellos con tanta canción de desamor. ¡En serio! Cuanto dolor.

Si te toca este tipo de seres, lo mejor es evitarlos, alejarse hasta no escucharles, como lo hizo mi ser al ir a casa de mi abuela, de no ser posible hacerlos callar es la única alternativa, si es posible, claro.



Banshee, foto del artista: LeraStyajkina

## Domovoi

Es costumbre de mi familia ir con mi abuela los fines de semana a comer, cuando llegamos a su casa la vemos de un lado a otro dentro de la cocina, la saludamos para hacerle saber que ya llegamos, después le pregunto si necesita ayuda; si la requiere, me dice qué falta por preparar; si no, me fijo si la mesa está puesta, pero siempre atento a la mujer apurada por servir la comida.

¡Ah mi abuela! Antes lavó la ropa, regó el jardín, fue al mercado por la comida y muchas otras cosas a pesar de los achaques de su cuerpo. Le he dicho que no se sobre exija, pero aun así no deja un solo día sin barrer o trapear; le molesta el polvo hasta provocarle manía.

Bueno, si no puedo pararla, lo mejor es ayudarla en cuanto tarea sea posible, aunque ella me gana sin esfuerzo, tal devoción por cuidar su hogar solo es comparable con el fervor del Domovoi por preservar la felicidad de la casa.

El Domovoi es un pequeño duende de los mitos eslavos, este espíritu refleja el amor que tiene la familia. Si hay cariño, el Domovoi cuidará el fuego de la estufa, velará la salud de todos y si le ofreces pan con miel te dará un banquete como agradecimiento; por el contrario, si solo hay malestar en casa, el Domovoi se convertirá en una carga.

Cuidar el bienestar del Domovoi es tan importante como cuidar de aquellas personas que entregan el corazón a favor de la paz familiar. En mi caso, pongo una película de fantasía; una en donde salgan seres fantásticos y majestuosos, a mi abuela le encantan ese tipo de películas, mientras preparo lo que falta y finalmente sentarnos juntos, ella asombrada por la imaginación del escritor y yo feliz al verla sonreír.

*“¿Sabías, Fulgor, que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra? Llegué a creer que la había perdido para siempre. Pero ahora no tengo ganas de volverla a perder”.*

\*\*\*

*“Mientras Susana San Juan se revolvió inquieta, de pie, junto a la puerta, Pedro Páramo la miraba y contaba los segundos de aquel nuevo sueño que ya duraba mucho”*



Kikimora, foto del artista: MarylinFill





Foto tomada por Juan Rulfo

“Él la quería. Estoy por decir que nunca quiso a ninguna mujer como a ésa. Ya se la entregaron sufrida y quizá loca. Tan la quiso, que se pasó el resto de sus años aplastado en un equipal, mirando el camino por donde se la habían llevado al camposanto”.

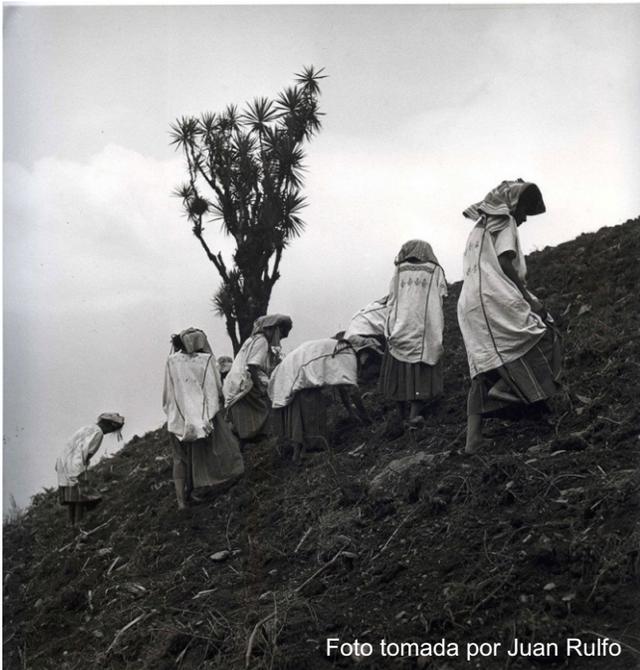


Foto tomada por Juan Rulfo

\*\*\*

“Yo aquí, junto a la puerta mirando el amanecer y mirando cuando te ibas, siguiendo el camino del cielo; por donde el cielo comenzaba a abrirse en luces, alejándote, cada vez más desteñida entre las sombras de la tierra”.

\*\*\*

“Pasaste rosando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te dije: '¡Regresa Susana!'”.

## El caballero solitario con armadura de hierro.

Vicente Gaytán

Caminaba por esa hermosa y peculiar calzada, que une a dos ciudades hermanas, Zamora-Jacona, un hombre de “sesenta y tantos años”; no me parecía tan viejo, pues su andar aún era firme y gallardo, paso vivo, ensimismado, su mirada perdida, metido en su propio mundo. “Quién sabe” en qué pensaba, no hacía caso de la gente que iba o venía, algunos corrían.

Esa calzada llena de plantas, con árboles de singular figura, brindando sombra a tantos que pasan y pasaron, tiene su historia donde transitó un tranvía, pero también, tanta gente con su propia historia. Recuerdos, ilusiones, muertes, amores y desamores, guarda en secreto esta calzada.

El hombre seguía caminando, eran como las ocho de la mañana y en automático respondía él:

-¡Buenos días!, buenos días.

-¡Qué milagro!, ¿qué tal?

-¿Ya listo para la carrera? Ya no corro, sonreía (ahora escribo, pensaba, bueno... intento)

-¡Te ves muy bien!, ¡gracias! (si supiera lo que cargo). Y así caminó...

Cumplió con su cometido, una hora caminando. “Caminante no hay camino, se hace el camino al andar y, al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca más se ha de volver a pisar.” (Antonio Machado)

Al regreso a casa, después de su acostumbrado caminar, Víctor se encuentra con Mike, amigo laminero, endereza carros, como de casi 70 años; con cierta nostalgia y un rostro desencajado, su mirada triste y con la necesidad de compartir lo que lleva dentro, Mike le empieza a contar la historia...

Era feliz, tenía todo: trabajo y una mujer excepcional, su compañera fiel, era su amiga, su amante, su esposa.

-Víctor pensó, ¡guau! ¡Tres en una! Y que me perdone la santa iglesia católica, pero con todo respeto, ¡que valga la comparación!, se santiguó, como la Santísima Trinidad: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

-¡Bueno!, le dice Mike a Víctor, casi todo teníamos, pero nos faltaba algo: un hijo o una hija. No podíamos engendrar.

Y después de años penando, decidieron adoptar una niña; después de varias ofertas, les llegó una niña especial, de una madre especial. Tenía el trabajo y oficio más antiguo, pero pensándolo bien, “honesto”. Se dedicaba a hacer felices a los hombres solitarios, vacíos, necesitados de quien los escuchara o también con la necesidad de sentir un abrazo.

Todo iba bien para Mike y su esposa Mary, ambos amantes del deporte; los domingos solían hacer largos recorridos en bicicleta, al regreso disfrutaban de una rica comida y, al terminar, veían una buena película. Y con su niña estaban complementando su felicidad.

Un día, la triste y trágica noticia... a Mary le detectaban la horrible y tremenda enfermedad de “cáncer”, unos años más o menos llevaderos y los últimos dos, difíciles, fatales.

Mary con casta de valiente, no se daba por vencida, como buena deportista con mentalidad triunfadora, llegar a la meta, cueste lo que cueste.

El cáncer la iba consumiendo y no se rendía. En la clínica del dolor, en Guadalajara, un médico le dio una ampolleta de “x” sustancia a Mike para que se la aplicara en momentos de mucho dolor e inducirlo a un sueño eterno.

Jamás se atrevió y, con todo el dolor de su corazón, al verla sufrir tanto, le decía: ¡suelta!, ¡vete en paz!

Hasta que llegó a su fin.

“Ironías de la vida”, Mike se dedica a reconstruir láminas, materia que no siente y la deja como nueva, brillante, reluciente.

Él, un ser humano que siente, le dice a Víctor con lágrimas en los ojos, que no encuentra quién le restaure su corazón.

*“El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo. Sonreías”.*



Quijote de espaldas, foto del artista: GustavoPastrana

*"Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana, Susana San Juan”.*

Presentación de “Frente a la eternidad”, de Ma. Eugenia Pérez Montes.

Reseña, Julio 2019

Luis López Torres



1 El libro de Ma. Eugenia Pérez Montes (Zamora Mich, 1960) que hoy presentamos contiene 20 narraciones breves, de fácil lectura, que en su extensión van desde media cuartilla (el titulado Leo), hasta el más amplio de unas cinco o seis cuartillas, titulado Atrapados.

Eugenia emplea una prosa sencilla, provinciana, acorde a la intención de su narrativa, en la que a veces se cuelan atisbos de su profesión como psicoterapeuta. Las anécdotas que aparecen entre sus páginas cuentan las relaciones conflictivas o incluso patológicas, inevitables en cualquier familia. O bien, la aparición de lo sobrenatural y la comunicación con los muertos y aparecidos.

Allí encontramos a la madre que busca la manera de deshacerse de la presencia de su hija, la eterna adolescente con más de treinta años. Páginas más adelante está la mujer pobre que llora porque le robaron un kilo de carne en el camión. O Marcia, la secretaria que encuentra el modo de jaquear el feisbuk de su marido muerto, al que acusa de morirse dejándola tan sola. O la anciana, víctima del mal de Parkinson, la cual, cada noche es envuelta apretadamente con las sábanas como tamal; esto, para impedir que cometa “tocamientos impuros” es decir masturbación.

2.

¿Por qué es necesaria la interpretación de un texto literario como el libro de Ma. Eugenia? Vivimos en un mundo plagado de signos de toda índole que al

agruparse forman textos, no únicamente lingüísticos. Esos textos son parte de un lenguaje significante; tienen un significado para alguien. Pero el lenguaje conformado por textos y por signos, señales y síntomas no es transparente, los signos no son inocentes, la denotación, definición de diccionario es insuficiente, la connotación en su amplitud polisémica enriquece, pero también distorsiona y oculta. Raras veces lo expresado refleja directamente lo pensado; la palabra hablada o escrita sólo es un indicio ligero, sutil, cínico. Las palabras no son las cosas.

Pues bien; en una primera lectura del texto de Eugenia aparecen palabras luminosas, significantes como: matar, infelices, enloquecí, hospitalizada, sueño, locura, abuelita, bebé, enfermeras, etcétera. O bien frases como: La almohada cubre la carita del bebé, el camino de la vida no se detiene, o: todas las noches, la anciana, le pedía a su hija menor que la envolviera como tamalito, tal cual se envuelve a los bebés, para poder dormir tranquila...

Estas oposiciones semánticas entre conceptos como feliz-infeliz, enfermedad- salud, bebé-anciano, muchacha- vieja, nacer-morir; nos remiten inevitablemente a los grandes temas de la existencia humana. En primer lugar el ingreso en la temporalidad, en la mortalidad, descomposición y disolución de las sustancias, evidente en el proceso de envejecimiento. El ser mortal, desde que nace ya está lo suficientemente dispuesto para la muerte; como le sucedió al bebé asfixiado por la almohada. El nacimiento es el principio de toda congoja, a partir del nacimiento vendrán como aves negras, el sufrimiento, la enfermedad, la vejez y finalmente, la muerte.

Tal es la condición humana, ser condicionado primeramente por su naturaleza mortal, efímera. Voy a recordar una leyenda de la

mitología griega citada por Nietzsche en su libro "El nacimiento de la tragedia". "Una vieja leyenda cuenta que durante mucho tiempo el rey Midas había intentado cazar en el bosque al sabio Sileno, acompañante de Dioniso, sin poder atraparlo. Cuando por fin cayó en sus manos, el rey pregunta qué es lo mejor y más preferible para el hombre. Rígido e inmóvil calla el demón; hasta que forzado por el rey, acaba prorrumpiendo en estas palabras, en medio de una risa estridente: "Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que

para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti -morir pronto." (Nietzsche, 1872).

Para Nietzsche era necesario reinterpretar la tragedia griega, en especial la de Esquilo y Sófocles, para liberarla de esta imagen incorrecta y posterior que no capta en modo alguno la visión de mundo genuinamente trágica que las obras de los citados autores contienen.

Ciorán participa de esa visión trágica y realista del mundo que no oculta los hechos de la condición humana. Voy a leer el siguiente aforismo tomado de su libro de 1973: Del inconveniente de haber nacido.

No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento. Nos repugna, es verdad, considerar al nacimiento una calamidad: ¿acaso no nos han inculcado que se trata del supremo bien y que lo peor se sitúa al final, y no al principio, de nuestra carrera? Sin embargo, el mal, el verdadero mal, está detrás, y no delante de nosotros. Lo que a Cristo se le escapó, Buda lo ha comprendido: «Si tres cosas no existieran en el mundo, oh discípulos, lo Perfecto no aparecería en el mundo...» Y antes que la vejez y que la muerte, sitúa el nacimiento, fuente de todas las desgracias y de todos los desastres.

(Ciorán. 1998)

Paradójicamente, la comprensión del sufrimiento es el origen del camino hacia la liberación espiritual en la tradición budista. Así lo enseñan las cuatro nobles verdades documento fundacional del budismo:

"Las Cuatro Nobles Verdades son el fundamento de la filosofía budista y marcan de hecho la iluminación del Buda. La tradición explica que el Buda histórico, Siddhartha Gautama (o también Shakyamuni), decidió peregrinar por la India en búsqueda de conocimiento luego de que al salir del palacio de su padre, donde estaba resguardado de la realidad decadente del mundo, observó a una persona enferma, a una persona muy vieja y a un muerto: siendo estas experiencias las semillas de una búsqueda que acabaría en la comprensión de que el mundo es esencialmente sufrimiento." (pijamasurf.com)

La primera de estas verdades dice: "el nacimiento, la vejez, la enfermedad, la muerte, son sufrimiento; la unión con lo que es desagradable es sufrimiento; la separación de lo que es agradable es sufrimiento; no obtener lo que uno quiere es sufrimiento; en breve los cinco agregados (skandhas) sujetos al apego son sufrimiento".

Creo que el cuento titulado "Lulita" es el ejemplo acabado de esto que hablamos. Lulita es una anciana que padece mal de Párkinson. Cada noche es envuelta como "tamalito" tal como se hace con los bebés. Nótese el horror de la imagen: una anciana envuelta como recién nacido. La anciana, después de separarse de su malvado marido, había prometido guardar la castidad, pero los movimientos incontrollables causados por el Párkinson, le impulsaban a la masturbación. Ni el agua bendita, ni el san Benito, podían alejar al demonio de la lujuria convertido en murciélago que intentaba penetrar sus partes "nobles y sagradas". Por esa razón, una de sus hijas la envolvía con las cobijas. La anciana trágica le reclamaba a dios: "señor, te prometí no volver a

pecar, no ser de nadie más, pero a cambio de que mis hijos fueran felices –corren lágrimas de sus ojos viejos- pero a todos les ha ido muy mal y ¿mi sacrificio de qué ha servido?”

3.

Para finalizar paso a las conclusiones. Todo texto es producto de su contexto; es decir de la comunidad epistémica donde aparece. En este caso encontramos que las narraciones contenidas en el libro de Eugenia reproducen ciertos estereotipos vigentes en la cultura mexicana; estereotipos que en el caso de la creación artística, resulta irrelevante si son considerados verdaderos o falsos, lo importante es que sean congruentes con la lógica interna de la narración, si no fuera así, ¿dónde queda la fantasía, el mito, las consejas populares? Así, en estas narraciones encontramos un despliegue de ideas, creencias, doctrinas, que andan por allí flotando en la semiosfera, tales como feminismo, machismo, cierta religiosidad y superstición popular, los eternos contrastes entre clases sociales. En resumen, personajes movidos por el deseo de encontrar sentido en esta vida y aún, más allá de la vida, si es que hay un más allá;



*"Hacia tantos años que no alzaba la cara, que me olvidé del cielo".*

Juan Rulfo - Pedro Páramo

como cuando la mujer hospitalizada, ve a sus antepasados en un sueño, los cuales le prometen conducirla al paraíso... En fin; ¿De qué hablan estos textos? De lo que nos angustia como seres mortales, de problemas humanos universales para los que no hay solución...

\*\*\*

*Tengo paciencia y tú no la tienes, así que esa es mi ventaja. Tengo mi corazón que resbala y da vueltas en su propia sangre, y el tuyo esta desbaratado, revenido, y lleno de pudrición. Esa también es mi ventaja.*

*"El llano en llamas" (1953)*

*Como todos ustedes saben, no hay ningún escritor que escriba todo lo que piensa, es muy difícil trasladar el pensamiento a la escritura, creo que nadie lo hace, nadie lo ha hecho, sino que, simplemente, hay muchísimas cosas que al ser desarrolladas se pierden.*

*Frase Juan Rulfo*

*La gente se muere dondequiera. Los problemas humanos son iguales en todas partes.*

*Todo escritor que crea es un mentiroso; la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad; recrear la realidad es, pues, uno de los principios fundamentales de la creación.*

*El camino de las cosas buenas está lleno de luz. El camino de las cosas malas es oscuro.*

*"El llano en llamas" (1953)*

## Juan Rulfo: Una visión del lumpen mexicano

Emiliano Raya Aguiar

En un mundo donde todo es convulso e inasible, donde nada es digno de encomiar, en donde todo es susceptible a evidenciar deficiencias, carencias, vergüenzas; donde no hay a quién imitar, donde los dioses han muerto junto con su locura y donde ni los míticos relatos de un pasado idealizado parecen cubrir las expectativas utópicas de los contemporáneos, es también un mundo en el que los héroes se vuelven tan escasos, como sus actos.

Pero, una figura se yergue dentro de los productos de la cultura de la modernidad radicalizada y se le entrona como el salvador de este desolador mundo sin Prometeos: El lumpen.

El marginal, el extraviado social, el incorrecto, el bastardo, aquel que sobrevive gracias a prácticas ilegales e inmorales; esa clase que ha sido excluida del proceso productivo y que se dedica entonces a apropiarse, mediante múltiples argucias, del producto social en el que ella no participa para realizarlo, se ha convertido en un ícono.

Guy Ritchie dedica gran parte de su filmografía en retratar la tragicómica existencia del lumpen. *Lock, Stock and Two Smoking Barrels*, *Snatch*, *Revoler*, *RocknRolla* son los retratos del romanticismo lumpenescos. Figuras repulsivamente atrayentes expuestas con claroscuros en un mundo donde todo gira alrededor de quienes “no son”.

En México, la exposición del lumpen como héroe popular, se ha potenciado junto con los productos culturales que lo exponen. El narcotraficante, aparece en corridos, series, documentales, películas, cortos, animaciones, pinturas, esculturas, fotografías y un largo etcétera

de soportes. Junto con estos, la idea mítica del narcohéroe se ha enquistado en el imaginario colectivo. “Yo quiero terminar la carrera para que cuando sea narco, me digan el licenciado”, dice de forma burlesca un joven universitario.

Pero ¿por qué el lumpen ocupa el lugar contemporáneo de Hércules, Aquiles y Odiseo? La falta de una utopía sería la respuesta más completa. La caída aspiracional de un mundo mejor, y, por lo tanto, la reticencia a luchar por él, obligaron al mundo a buscar ídolos fuera de las figuras clásicas que se levantaban sobre una propuesta transformadora. Ahora, el lumpen paso ser identificado como el “antisistema”, aquel o aquella que vive fuera de la norma moral; fuera de las reglas éticas de la modernidad capitalista que obliga al resto de los mortales a vivir alienados y sometidos a las reglas de la “civilidad”.

De esta forma, en la actualidad el lumpen es un héroe, el ideal a alcanzar. En México las imágenes predilectas del lumpen actual, el narcotraficante y el sicario, son vistos como la antítesis de un Estado Nacional que se impuso a sangre y fuego. Un Estado que desplazó a quienes se negaban a ceder sus tradiciones ante las nuevas costumbres. Sin embargo, no siempre fue esta la imagen que se reprodujo del lumpen, ni la que Juan Rulfo capturó del bucólico México postrevolucionario.

Ya en el siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano, retrató las andanzas de un grupo de bandidos que asolaban al rural poblado de Yautepec, Morelos. Con maestría narrativa Altamirano encumbró a al personaje homónimo a la novela “El Zarco”, solo para luego evidenciar su bajeza, mezquindad,

mediocridad, y hundirlo en la ignominia. Tal vez eso sea lo único que comparten Altamirano y Rulfo: para ellos el lumpen no es heroico.

En *El Zarco*, el lumpen es un problema moral. Es una galla social que supura y se expande por el tejido comunal. La cura es la virtud de los buenos valores. Estos valores son encarnados en el hombre humilde y valiente que se sabe inferior pero que tiene de su lado los dones de Astrea o Virtus, y por lo tanto no teme hacerle frente al bandido. Pero también, se personifican en la mujer tímida, afable y entregada, que con estoicidad acepta el rechazo, siempre pendiente de mantener incólume su honra. Contraria a la extrovertida que sede a los cantos de la fama aún a costa de revertir el orden social y traer la desgracia para los suyos, la mujer que se precia, es la que se apaga a lo moralmente aceptable.

En Rulfo el lumpen no es un objeto aleccionador. Para el autor del *Llano en Llamas* el marginal es un ser triste, melancólico, incompleto. No sirve para dar lecciones de moral, sino para evidenciar la complejidad humana. Para Rulfo, el lumpen es el vínculo de pulsiones, pasiones, deseos, sueños, envidias, esperanzas, rencores y odios que colisionan en él para demostrar las múltiples formas en que se concreta y expresa “lo mexicano”. No hay personaje más perfecto para demostrar la policromía nacional que el lumpenproletariado de Rulfo. Esa mexicanidad que no es un ideal a emular, pero que tampoco una vergüenza a celar.

Con Rulfo, el lumpen es un problema personal. No es bueno ni malo, es mexicano. Se puede odiar, pero no se puede negar que nos pertenece. De alguna forma tenemos que hacernos responsables. No podemos abandonarlo, aunque él nos haya abandonado, traicionado, herido o avergonzado.

El personaje del lumpen es una constante en la obra de Rulfo. En *La Cuesta de las Comadres*, Remigio, quien junto a su hermano aterrorizaba la región a tal grado que orillaron a los pobladores a migrar, a abandonar todo en aras de tener paz, seguridad, es muerto por el aciano que funciona como la voz de narrador. Pero, a diferencia de los pobladores, el anciano no les tenía miedo, “eran mis amigos”, dice entre arrepentimiento y resignación. Incluso sus actividades no le molestaban, le molestaba no poder acompañarlos, pero no la acción en sí. A Remigio lo mató porque así debía hacerlo. No era un deber social acabar con el azote de *La Cuesta*, ni una deuda que saldar con la comunidad que desapareció por la brutalidad de los hermanos. No era un problema de principios. Era una cuestión de sobrevivencia. Remigio podía matarlo, así que el lo mató primero. Así de simple.

En *El hombre*, la venganza del lumpen funciona como un uoróboros. El asesino de toda una familia es perseguido por el único a quien tenía que asesinar y no lo hizo. Lo busca, lo persigue, lo rastrear y pacientemente lo espera. El lumpen se sabe perdido. Pero no se resigna. Con patético desenfado trata de sobrevivir al hambre, al frío y a la venganza. No lo logra. Esta última lo cerca, lo mide y le perfora la cabeza. Él, que por vengar a su hermano mató a toda una familia, es ahora consumido por la venganza del que quería vengarse. La venganza se devora así misma. Un lumpen por necesidad es que el que pide clemencia en ¡Diles que no me maten! La desgracia cae sobre Juvencio Nava cuando se niega a respetar la sacrosanta propiedad privada de su compadre Guadalupe Terreros. La cerrazón de Terreros de no dejar que el ganado pasara a pastar, obliga a Juvencio a tomar medidas que fueron subiendo de todo. Primero las mete a la fuerza, luego rompe la cerca que impide a sus animales

comer. Esta prometeica acción, que desobedece la más sagrada de las leyes modernas, la propiedad privada, para satisfacer las necesidades otro ser vivo, lo condena. Su compadre mata en represalia uno de los novillos de Juvencio. Juvencio mata a su compadre. De ahí en adelante la justicia divina no le perdona. Lo persigue, lo caza, lo obliga a vivir aislado en los montes. Como a Caín, la marca maldita lo persigue sin descanso.

—Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo verdolagas. A veces tenía que salir a la media noche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida.

No se le perdona la pecadora transgresión de no aceptar la sentencia divina de otorgarle a Terreros las pastables tierras, y a él, los predios yermos. Ya viejo, después de sufrir las penurias de vivir a salto de mata, Themis se le presenta en forma una voz profunda que sale de la garganta de un cuarto oscuro, y se concreta cuando el coronel al que pertenece la voz, lo sentencia a morir fusilado, por la muerte de Don Lupe Terreros. Pero la sentencia no se desprende de la necesidad de resarcir el daño hecho al difunto, es una venganza familiar. El coronel es el hijo huérfano de Terreros.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. [...]. Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de buey en el estómago.

Ya muerto Juvencio, su hijo, lo lleva a velar. Con cierto alivio de la que el lumpen ya puede descansar.

Pero el retrato más completo del lumpen rulfiano, se expone en No oyes ladrar a los perros:

El lumpen como carga social.

La figura simbólica de Rulfo es sumamente potente. Mediante una jugarreta cartesiana Rulfo ubica al hijo marginal en posición superior al padre. Pero no es una posición ganada, lograda o privilegiada. Es una carga herida, casi muerta. Un peso que el padre debe cargar por que es su hijo, es su lumpen. No necesita mayor argumento que el de haberle prometido a la difunta madre que cuidaría al producto de su amor.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo.

No hay necesidad de explicar más. Las acciones morales del hijo, Ignacio, pueden ser cuestionadas, pero el auxilió brindado, la acción salvadora del padre no necesita más justificación que el amor al amor. El amor del padre a la madre que ama a su hijo.

Pero el amor no evita la exposición crítica de la realidad. No hay amor hacia el lumpen de Rulfo, hay desprecio, hay rencor, hay animadversión hacia quien vive y se reproduce mediante el más egoísta hedonismo.

—Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Al no participar en alguna parte del proceso de producción de la vida material de las sociedades, el lumpen se dedica a sobrevivir mediante la apropiación, muchas veces ilegal, de lo producido por los otros y otras. Es, por poner

una metáfora, un parásito social que sobrevive de la apropiación de lo que otros producen. En el caso de No oyes ladrar a los perros, el lumpen es un asaltante de caminos.

—La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: "¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!" Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos,

viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted.

Las contradicciones sociales que desata la figura del lumpen, son expuestas con magistral sencillez y precisión narrativa por la prosa de Rulfo. El padre y el hijo son una paradójica antítesis. El padre no puede dejar al hijo. Pero tampoco lo quiere volver a ver. Cumple con su juramento de esposo. Por eso carga al hijo. Lo carga sin importar nada más. Lo quiere salvar, por cumplir con su deber conyugal. No hay una felicidad en este acto, incluso su salvación le representa una melancólica sensación de arrepentimiento.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo.

El peso que el padre carga es desgastante, brutal. Igual que el peso de la sociedad que carga sobre sus hombros a cientos de miles de hombres y mujeres que viven como Ignacio. Pero, a diferencia de la burguesía, que también se dedica a expoliar el producto del trabajo de los otros y otras, el

lumpen es nuestro lumpen, nuestra responsabilidad. Hay algo de esas gentes en nosotros y algo de nosotros en ellos. Somos cómplices. Por lo tanto no los podemos abandonar a la buena de dios. Debemos, por caridad y solidaridad, empatizar con Ignacio. Si Ignacio muere, muere una parte del padre, muere una parte de nosotros.

—¿Lloras, Ignacio ? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. Pero el lumpen reacciona como un lumpen. Traiciona a la clase de la que depende y con la que convive. Traiciona a la comunidad, a sus amigos. Traiciona a su familia. Ignacio traiciona a su padre. Imposibilitado de ayudar, porque a perdido esa esencia solidaria, cede a su naturaleza. No puede, ni aunque quiera, traicionar su nueva esencia. Su individualismo enfermizo y patético, le lleva a ceder a sus pulsiones, antes de considerar las necesidades del "otro". Ignacio se deja morir, antes de cumplirle al padre la posibilidad de honrar la amorosa memoria de la madre. Desfallece antes de permitir que el padre se realice y cumpla con su deber de amor.

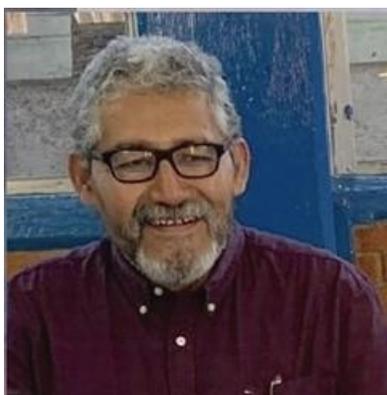
Destabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros. —¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.



Luvina  
Reseñas



José Marcos Ballesteros Torres:  
Licenciado en Psicología y narrador.



Juan Manuel Bonillo Soto: Especialista  
en letras, análisis, político, poeta,  
narrador y editor.



Héctor Canales González: Narrador  
de cuentos breves fantásticos



Ricardo Echávarri: Doctorado en  
Letras por el Colmex, poeta,  
ensayista, traductor y editor



Vicente Gaytán Contreras: Cirujano  
dentista, declamador, orador, poeta y  
narrador



José Luis López: Dr. En Arte y  
Cultura, Artista Plástico y narrador.



Emma Mendoza: Licenciada en  
psicología y poeta.



Ma. Eugenia Pérez Montes:  
Psicoterapeuta, psicoanalítica,  
terapeuta familiar.



Emiliano Raya Aaguilar: Licenciado y  
doctor en historia, periodista y docente.



Marco Antonio Regalado Reyes:  
Licenciado en Derecho, poeta,  
narrador, ensayista y editor.



Fernando Salazar Torres: Dr. en Literatura,  
poeta y ensayista.



YANGA VILLAGÓMEZ  
VELÁZQUEZ: es investigador en  
ciencias sociales, traductor de libros  
científicos, poeta y narrador.  
Originario de la Ciudad de México

XLI COLOQUIO DE ANTHROPOLOGÍA E HISTORIA REGIONALES

# EXTRAÑOS EN SU TIERRA

**SOCIEDADES RURALES EN TIEMPOS  
DEL NEOLIBERALISMO:  
ESCENARIOS EN TRANSICIÓN**

DEL 2 AL 4 DE OCTUBRE DE 2019  
Auditorio de El Colegio de Michoacán

El COLEGIO DE MICHOACÁN, A.C.  
Manizte de Navarrete 503, Col. Las Fuentes  
C.P. 59099, Zamora, Michoacán, México  
Tel. 52 (351) 5157100 ext. 3750/1480  
colquis@colmich.edu.mx  
Transmisión en vivo: [www.colmich.edu.mx](http://www.colmich.edu.mx)

**XL** El Colegio DE MICHOACÁN

Luvina

Agradecemos el apoyo brindado por los patrocinadores.



CASA DE LA  
CULTURA  
MUNICIPAL DE  
ZAMORA



## Centros de distribución

Espejo de la luna  
Av. Canal de Miramontes 3296-4, col. Coapa, alcaldía de Coyoacán, Ciudad de México.

Escuela de Escritores de México.  
Pitágoras 3446 Co. Navarrete  
Ciudad de México

Librería la Taberna  
Calle Tacuba #182 Col. Centro  
Zacatecas, Zacatecas

# LUVINA

Revista de creación, análisis y reflexión  
Ago.-Dic. 2019

#1

